

El fracaso no es el fin

(Marcos 6.1-13)

Joe Schubert

Todos hemos sentido la angustia del fracaso y deseado que tan sólo fuera posible repetir la escena. Con una buena retrospectiva, podemos ver claramente cuán diferentes haríamos las cosas si tan sólo pudiéramos volverlas a hacer. El fracaso es un tema en el que todos y cada uno de nosotros somos expertos.

Fracasamos de diferentes maneras. Tenemos altas expectativas de nosotros mismos y a menudo no acertamos a llegar al nivel de ellas. El desempeño con que aprovechamos las oportunidades que se nos presentan está por lo general muy por debajo del nivel que deseamos. Sin embargo, es probable que sea en nuestras relaciones con las demás personas donde experimentemos nuestros más terribles fracasos.

¿Se levantó usted alguna vez en mitad de la noche y repasó algo que dijo o hizo a otro y deseó que pudiera cambiarlo? Es asombroso cuán claramente se perciben las cosas a las cuatro de la madrugada.

Sospecho que todos tenemos una larga lista de personas con las cuales sentimos que hemos fracasado en alguna clase de relación. Todos hemos hecho cosas que lamentar a otras personas, y deseáramos poder devolvernos en el tiempo para deshacer tan lamentables errores.

Pero, más que todo, conocemos el fracaso en lo que se refiere a nuestra fe. No estamos pensando en los pequeños pecados que todos conocemos, sino en aquello que en lo más íntimo sabemos: que no estamos viviendo la vida de la manera que Dios desea que la vivamos. ¿Qué podemos hacer, entonces, acerca de nuestros fracasos?

En Marcos 6, tenemos un testimonio de uno de los fracasos de Jesús. Es un pasaje que tiene mucho que decirnos.

I. LA NECESIDAD DE RECONOCER EL FRACASO (6.1-5)

Cuando Jesús vino a Nazaret, su ciudad natal,

Él quiso que Sus vecinos y amigos experimentaran lo que otros en otro lugar estaban descubriendo. El poder de sanar, perdonar y restaurar la esperanza, que había sido mostrado tan claramente en otros lugares, debía ser mostrado en Su ciudad natal, Nazaret. Sin embargo, Jesús fracasó. La forma como Jesús respondió a este claro e inequívoco fracaso en su ciudad natal de Nazaret, y lo que les dijo a Sus discípulos más adelante acerca de cómo manejar sus propios fracasos, nos brindan ayuda sobre cómo manejar los nuestros.

Dice Marcos:

Salió Jesús de allí y vino a su tierra, y le seguían sus discípulos. Y llegado el día de reposo, comenzó a enseñar en la sinagoga; y muchos, oyéndole, se admiraban, y decían: ¿De dónde tiene éste estas cosas? ¿Y qué sabiduría es esta que le es dada, y estos milagros que por sus manos son hechos? ¿No es éste el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón? ¿No están también aquí con nosotros sus hermanas? Y se escandalizaban de él. Mas Jesús les decía: No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, y entre sus parientes, y en su casa. Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos (vers.^{os} 1-5).

Cuando Jesús llegó a Nazaret, se sometió a una severa prueba. Venía al lugar donde había crecido desde que era niño. Ningún hombre tiene jamás críticos más severos que los que lo han conocido desde su niñez. No era Su propósito que esta fuera una visita privada en la que vería Su antigua casa y a Sus antiguos amigos. Jesús volvió a Nazaret acompañado de Sus discípulos. En otras palabras, vino como rabino. En aquellos tiempos, era típico que un maestro judío, un rabino judío, deambulara de un lugar a otro acompañado de sus discípulos. Jesús vino a Nazaret, señala Marcos explícitamente,

acompañado de Sus discípulos. Vino como maestro a enseñarle a la gente de Nazaret.

La Biblia dice que entró en la sinagoga y enseñaba. Su enseñanza fue recibida con cierto desdén. Dice Marcos: «Y se escandalizaban de él». Se escandalizaban de que un hombre con los antecedentes de Jesús anduviera diciendo y haciendo tales cosas. De veras que donde hay confianza hay disgusto. Rehusaron escuchar lo que tenía que decir, y la única respuesta de ellos fue una pregunta: «¿No es éste el carpintero?».

La palabra griega que se traduce por «carpintero» es *tekton*. Significa artesano. Es la palabra de la cual proviene la palabra española «técnico». En el mundo antiguo toda pequeña aldea o caserío tenía un artesano, técnico o carpintero, un *tekton* que hacía toda clase de trabajos de madera para la gente de la ciudad. Podía construir cualquier cosa, desde un gallinero hasta una casa. Era la clase de hombre que uno llamaría a su aldea para que construyera una pared, reparara una puerta o arreglara un techo. Era un artesano, un hombre diestro que, con las herramientas más rudimentarias, podía emprender casi cualquier trabajo. Esa es la clase de hombre que era Jesús.

La gente preguntó: «¿No es éste el carpintero?».

Puede que hayan pensado: «¡Si es el que nos hizo la mesa donde comemos! Recuerdo que cuando nos estaba ayudando a construir la casa en que vivimos, a menudo le dábamos de almorzar. Se sentaba a la mesa con nosotros. Sus hermanos y hermanas viven aquí. Son gente del pueblo. Yo conozco a toda la familia». Hicieron lo increíble. Echaron mano del último recurso de toda mente débil. Ridiculizaron a Jesús. Se escandalizaron de Él. No tomaron en cuenta nada de lo que hizo y dijo diciendo: «No puede ser nadie importante. Sabemos de dónde salió. Conocemos Sus primeras andanzas. Conocemos Su familia. Es uno de nosotros».

Piense por un momento en lo que esto dice acerca de la autoimagen de la gente de Nazaret. «No puede ser nadie importante. Es uno de nosotros». Una autoimagen desfavorable los llevó a una autoimagen de desdén para con cualquiera que proviniera de su ciudad. Jesús era un hombre del pueblo, un carpintero, un hombre cualquiera; por lo tanto, lo despreciaron.

Como resultado de ello, Marcos dice que Jesús no pudo hacer muchos milagros en Nazaret. Lo cierto es que el ambiente era hostil. La verdad es que ciertas acciones nobles no pueden ser hechas cuando el ambiente es hostil. Jesús sólo pudo sanar a unos pocos enfermos en Nazaret, y sólo unos pocos creyeron.

II. CÓMO HACER FRENTE AL FRACASO

(6.6-10)

Marcos relata en la primera parte del versículo 6 que Él «estaba asombrado de la incredulidad de ellos». Este es un verbo fuerte que en ningún otro versículo del Nuevo Testamento se usa. Se usa aquí para describir la amarga desilusión que se llevó Jesús por lo sucedido en Nazaret. Aquí estamos en contacto con un Jesús totalmente humano, uno cuyos pies estaban firmemente plantados en tierra, aun al punto de no poder hacer la obra que había esperado hacer. Jesús no andaba con Su cabeza en las nubes. Él andaba con Sus pies firmemente plantados en tierra. Daba a conocer toda desilusión, frustración y revés como un auténtico hombre que vivía entre los hombres.

Una de las más claras afirmaciones de todo el Nuevo Testamento, de la plena humanidad de Jesús, se encuentra en Hebreos 2.14. Este pasaje de Hebreos combate una de las más antiguas herejías de la iglesia primitiva, la herejía que los eruditos eclesiásticos llaman docetismo. La enseñanza fundamental de la herejía era que Jesús no fue en realidad completamente humano. Sólo tenía apariencia de humano. Parecía humano. Era como si estuviera interpretando el papel de una persona. El autor de Hebreos declara categóricamente que esa doctrina no puede jamás ser verdadera. Esto es lo que dice en Hebreos 2.14: «Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo [...]». Los versículos 17 y 18 dicen: «Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos [...] Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados».

La amarga desilusión que Jesús se llevó por el rechazo de que fue objeto en Nazaret, fue parte de Su auténtica humanidad y lo retrató como era en Su corazón, pero no lo desalentó. Lo tomó todo con calma. No rechazó a Sus antiguos amigos, aunque ellos sí lo rechazaron a Él. De hecho, interpretó el rechazo de ellos como una reacción totalmente humana, y comprensible. Dijo en el versículo 4: «No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, y entre sus parientes, y en su casa». Jesús estaba diciendo: «Esta es una reacción típica de seres humanos. Debí haberla esperado. Los críticos más ensañados de un hombre son los de su misma ciudad natal que mejor lo conocen». Estaba asombrado de la incredulidad de ellos, pero no se sentía amenazado por su rechazo.

Este rechazo sufrió en Nazaret, aunque doloroso, no lo disuadió de Su misión. Un interesante cambio ocurre en este momento de la totalidad del ministerio de Jesús. Hasta este momento, Su

ministerio se había llevado a cabo principalmente en las sinagogas. Marcos 1 nos dice que sanó al endemoniado en la sinagoga. Ese capítulo también nos dice que la primera gira de predicación de Jesús se llevó a cabo entre las sinagogas de Galilea. En Marcos 3, fue en la sinagoga de Capernaum donde sanó al paralítico un día de reposo, dando lugar a airadas protestas entre los dirigentes judíos, protestas que desembocaron en la animosidad de ellos en contra de Él. En Marcos 5, fue la hija de Jairo, el principal de la sinagoga, a quien Jesús volvió a la vida. Pero este rechazo de que fue objeto en la sinagoga de Nazaret señala la última vez que en alguno de los evangelios hallamos a Jesús enseñando nuevamente en la sinagoga. La puerta que se le cerró en Nazaret aparentemente hizo que Jesús decidiera salir de la sinagoga y dirigirse a cualquier lugar en el que la gente escuchara: las laderas, las riberas del mar, las aldeas pequeñas, etc. La segunda parte del versículo 6 dice: «Y recorría las aldeas de alrededor, enseñando».

El fracaso experimentado en Nazaret también señala el comienzo de las giras misioneras de los apóstoles. El relato dice que Jesús los envió de dos en dos para multiplicar Su ministerio. Dice Marcos en el versículo 7: «Después llamó a los doce, y comenzó a enviarlos de dos en dos; y les dio autoridad sobre los espíritus inmundos». El pasaje paralelo de este evento en Mateo 10, nos dice incluso cómo fueron agrupados en parejas los apóstoles. Dice, por ejemplo, que Andrés fue con Pedro, su hermano; Jacobo formó pareja con Juan, su hermano; y Mateo y Tomás fueron agrupados en pareja. Toda la vida me he compadecido de Simón el Zelote, porque Su compañero fue no otro que Judas Iscariote. Jesús los agrupó de dos en dos y los envió a predicar. Cuando salían les dio instrucciones inequívocas. Marcos recoge éstas en las siguientes palabras:

Y les mandó que no llevasen nada para el camino, sino solamente bordón; ni alforja, ni pan, ni dinero en el cinto, sino que calzasen sandalias, y no vistiesen dos túnicas (vers. 8-9).

Jesús estaba diciendo: «No hagan preparativo alguno para esta gira. No quiero que lleven consigo alimento o dinero alguno. Dios proveerá. Ustedes van, y en lo que van, confíen en Dios. Dios cuidará de cualquier necesidad que tengan». Deliberadamente los envió en estas condiciones para enseñarles lecciones de fe.

Luego añade en el versículo 10: «Dondequiera que entréis en una casa, posad en ella hasta que salgáis de aquel lugar». Esta instrucción está de

acuerdo con la costumbre generalizada de aquella época. La hospitalidad se consideraba sumamente importante entre estos países orientales. Cualquier forastero que llegara a la ciudad podía contar con alojamiento entre los hospitalarios ciudadanos de esa aldea en particular.

El Señor da a entender claramente con estas instrucciones que esta fue una estipulación temporal para un grupo especial de hombres, y como tal, no un principio eterno que estipula cómo hemos de ir hoy día. Un principio eterno, no obstante, está implícito en estas palabras, principio que es pertinente a todas las generaciones, a saber, que todo siervo que salga a ministrar en el nombre de Jesús debe depender de Dios. No debemos olvidar que es Dios quien debe abrir las puertas, planear el recorrido, crear las oportunidades y suplir las necesidades. Es de Dios de quien debemos depender, no de nuestros planes, métodos u organizaciones humanas. Esta es la lección que Jesús les estaba enseñando a Sus discípulos. Aparentemente la aprendieron bien.

III. CÓMO USAR EL FRACASO (6.11-13)

Con el eco de Su propio fracaso todavía resonando en Su corazón, les enseñó a los apóstoles una manera como podían hacerle frente a sus propios fracasos. Nazaret le había dado un portazo a Jesús en su propia nariz. Jesús sabía que los discípulos también serían rechazados en sus giras de predicación. Necesitaban aprender a manejar esta clase de fracaso.

El versículo 11 es extraño y casi enigmático. Dijo Jesús: «Y si en algún lugar no os recibieren ni os oyeren, salid de allí, y sacudid el polvo que está debajo de vuestros pies, para testimonio a ellos». Casi que deseamos ocultar este versículo y considerarlo en cierta medida inconsecuente con el carácter dulce y compasivo de Jesús. Da la apariencia de ser crítico y severo con estas personas. Sin embargo, este versículo contiene más de lo que por lo general hemos observado. De hecho, se encuentra en él una fórmula para hacerle frente al fracaso, fórmula que nos puede hacer comunicadores más gentiles con todas las personas con las cuales interactuamos. Analice este versículo detenidamente.

Es útil entender el ambiente histórico del cual emergen estas palabras. La ley rabínica decía que el polvo de un país gentil o pagano era inmundo, y que el judío que volvía a su propio país, después de haber estado en uno de los países paganos, debía purificarse deshaciéndose de todas las partículas inmundas de polvo que podrían estar adheridas a su calzado o ropa. Un judío piadoso también se

desprendía toda partícula de polvo que hubiera en su propio cuerpo, antes de entrar en el templo o en la sinagoga para la adoración. Estas costumbres parecen constituir el telón de fondo que está detrás de las instrucciones que Jesús dio a los apóstoles, costumbres que hemos de usar para entender tales instrucciones.

Esta enseñanza de Jesús es más útil para nosotros de lo que normalmente hemos reconocido. Antes de conocer lo que esas palabras de nuestro Señor en realidad significan, necesitamos entender brevemente lo que no significan.

Jesús no quiso dar a entender que está bien dejar de hacer la obra cada vez que las cosas se ponen feas. No dijo que tenemos derecho de romper con las personas que han roto con nosotros. Si resulta que no le gustamos a la gente, puede ser que estemos fallando en la manera como nos acercamos a ellos. No tenemos derecho de cerrarles la puerta de una segunda oportunidad a las personas, tan sólo porque nos han cerrado la puerta a nosotros. La puerta cerrada puede deberse a que estemos manejando mal la conversación. Puede que merezcan una segunda, tercera y hasta cuarta oportunidad.

Lo que Marcos 6.11 sí significa es que *debemos ir a pesar del fracaso*. Cuando enfrentamos desilusiones, no debemos permitir que éstas nos destrocen completamente. Lo que tenemos que hacer es sencillamente cerrar ese capítulo y seguir adelante con el nuevo capítulo que Dios proveerá. Jesús no se sintió amenazado por estos rechazos. Es cierto que se sintió desilusionado, pero no amenazado ni desanimado. Jesús jamás dudó en aceptar un no como respuesta. Un no es por lo menos una respuesta. Cuando Jesús recibía esa respuesta, Él estaba dispuesto a aceptarla.

Se volvió a los discípulos y dijo: «Si en alguna aldea a la que ustedes van no los recibe, entonces salgan de ella. Vayan a otra aldea, donde Dios les tiene preparadas otras oportunidades. No se paraliquen por el fracaso. Continúen con la siguiente oportunidad, dependiendo de Dios más de lo que nunca antes han dependido». Los discípulos debieron de haber entendido bien esta instrucción, pues en los versículos 12 y 13 se lee: «Y saliendo, predicaban que los hombres se arrepintiesen. Y echaban fuera muchos demonios, y unguían con aceite a muchos enfermos, y los sanaban».

Hoy día hablamos de misiones médicas y de misiones de predicación, como si de alguna manera fueran dos obras separadas. Pero el Nuevo Testamento no hace tales distinciones. Marcos relata que saliendo los discípulos, ellos predicaban,

echaban fuera demonios, unguían con aceite a los enfermos, y los sanaban.

En el mundo antiguo, el aceite era considerado una panacea para sanar casi todo lo que enfermaba a la gente. Galeno, el médico griego, dijo: «El aceite es el mejor de todos los instrumentos para sanar cuerpos enfermos». En las manos de los discípulos de Jesús las antiguas curas recibieron una nueva belleza. Los discípulos usaron cualquiera de los conocimientos limitados que tenía la gente de aquella época, aun la unción con aceite de los enfermos; y a través de las manos y la actitud de ellos, le dieron a esta simple acción un nuevo poder y belleza. Estaban mostrando la misericordia de Dios por medio de sanar y unguir con aceite, a la vez que declaraban el mensaje de Dios. No hay indicación alguna en este pasaje en el sentido de que la unción con aceite tuviera algo que ver con la presencia del Espíritu Santo. El Espíritu Santo no había sido gran tema de conversación entre Jesús y los apóstoles. La verdad es que ellos aplicaban sencillos procedimientos médicos, ungiendo con aceite del mismo modo que hoy día tomaríamos una píldora bajo receta; y sanaban a las personas mientras predicaban.

La primera lección, entonces, que podemos aprender de la fórmula de Jesús para manejar el fracaso, de este pasaje, es esta: No se paralique por causa del fracaso. No permita que el fracaso le impida seguir adelante.

Una segunda lección que podemos aprender de la estrategia de Jesús para el fracaso es esta: No juegue de Dios. A menudo insistimos en tratar de gobernar nuestra propia vida, y la de los demás también. Creyendo esto, interpretamos como fracaso cualquier cosa que no salga exactamente del modo que la programamos y la planeamos. Muchos de nosotros nos mantenemos trabajando con una persona cuando hemos fracasado. Nos parece que si no decimos todo lo que se debe decir, de algún modo nunca se va a decir. Pero el Señor dice: «Sacúdase el polvo. Siga adelante con la próxima oportunidad. Déjeme el pasado a mí».

A los discípulos les costó mucho aprender esa lección, y a nosotros también nos cuesta. Ellos insistían en hacer lo que habían determinado hacer, y nosotros también insistimos. ¿Cuántas veces me he quedado yo derribando a golpes una puerta que está cerrada? Dice el Señor: «Joe, ven acá. Tengo otra oportunidad para ti. He abierto un nuevo capítulo para ti. Te necesito por este lado».

Es muy difícil no jugar de Dios, ¿verdad que sí? Muchos de nuestros fracasos se producen porque rehusamos confiar en Dios, confiar en que Él

continuará trabajando donde nosotros hemos fracasado. Dios, no obstante, todavía está al mando, y Él sabe cómo manejar nuestros fracasos.

CONCLUSIÓN

Examine sus pies. ¿Hay algún polvo en ellos? ¿El polvo de fracasos pasados? ¿El polvo de la ineficacia? ¿El polvo de planes no llevados a cabo? ¿El polvo de lo que se hizo chapuceramente, de lo que no se manejó bien, de lo que no dio resultado? Sacúdalo. Déjele el pasado a Dios. Él sabe cómo manejarlo y lo manejará bien.

El apóstol Pablo aprendió esta lección. Esta es la razón por la que pudo escribirles a los filipenses: «Pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (3.13–14).

El fracaso no es el fin. El pasado no tiene por qué determinar lo que ha de suceder en el futuro. Lo que sea que haya sucedido en el pasado en su vida o en la mía, Dios sabrá cómo manejarlo. Sacuda el polvo. Siga adelante con Él donde Él desea que usted esté ahora.

©Copyright 2002, 2006 por La Verdad para Hoy
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS